

Y hay tres trozos que nos parecen clásicos, es decir, modelo de perfección que pueden ser presentados con razón como dechados á las clases escolares; que son adquiridos en una literatura como piezas destinadas á formar parte de las antologías, que se citan como prueba de la inmortalidad de un escritor: tales son el paseo marino y la bacanal con que termina, donde hay lujo de colorido; el viaje á Ancio, descrito con fantasía y movimiento; la lucha de Urso y el uro salvaje: encontradas las dos fuerzas, los músculos de ambos organismos se contraen y retuercen, las arterias irrigan cada vez más el rostro del gigante, el sudor se mezcla, entre los rugidos de la bestia se oyen los traquidos de los huesos tendidos, hasta que al fin el toro, subyugado por los férreos puños, desliga su mole exánime en el suelo entre olas de sangre purpúrea; sobre el lomo yace atada y lívida Ligia, la ruborosa princesa cristiana.

Puso Sienkiewicz cuidado sumo en los finales de ciertos capítulos, que cierra con maravilloso efecto, y que resuenan en nuestra memoria como las palabras últimas de un amigo, como las postreras notas de un armonioso concierto musical.

FRANCISCO DE P. BARRERA

Bogotá, Marzo de 1906.

---

## EL MENDIGO

En la puerta de la catedral de San Juan de Lyon veíase hace tiempo un viejo mendigo que constantemente, hacía veinticinco años, iba á sentarse todos los días en el mismo sitio. Tan acostumbrados estaban los fieles á verle allí, que les parecía en cierto modo que formaba parte del ornato de la fachada de la santa basílica, como las estatuas de piedra encajadas en los nichos de la gótica portada.

Juan Luis era su nombre. Traslucíase en sus harapos un reflejo de dignidad que revelaba una educación superior á la que generalmente acompaña á la miseria: así era que, en medio de aquella clientela abandonada por las poblaciones, que cada iglesia acoge bajo sus alas maternas, gozaba el pobre viejo de cierta consideración, consolidada, además, por su equidad en la repartición de las limosnas, única beneficencia del pobre con respecto al pobre, y por su celo en sosegar las contiendas que se suscitaban á veces entre sus compañeros de miseria. Su vida y sus desgracias eran un misterio para todo el mundo: solamente se sabía que Juan Luis nunca ponía los pies en la iglesia, y sin embargo Juan Luis era católico. En el momento de las ceremonias religiosas, cuando la oración se alzaba ferviente hacia el cielo con el perfume de las flores y el incienso de los jóvenes levitas; cuando los piadosos cánticos resonaban bajo la ancha bóveda de la gótica nave; cuando la voz grave y melodiosa del órgano sostenía el solemne coro de los fieles, el viejo mendigo se sentía impulsado á confundir su oración con la de la iglesia. El indecible encanto que ofrecía el adusto y sombrío aspecto de la antigua catedral; el fantástico reflejo del sol al trasluz de los pintados vidrios; la sombra de los pilares, alzados hacía siglos como un símbolo de la eternidad de la religión; el altar elevado sobre numerosas gradas, y que aparecía en la profundidad de la nave resplandeciente con la luz de los cirios y el esmalte de las flores, todo inspiraba al viejo mendigo una inefable admiración: copiosas lágrimas surcaban las hondas arrugas de su rostro. Una gran desgracia ó un profundo remordimiento parecían agitar su alma. En los tiempos de la primitiva iglesia, todos le hubieran tomado por un criminal condenado á desterrarse de la asamblea de los fieles, y á pasar, silenciosa sombra, por en medio de los vivos.

Un sacerdote iba todas las mañanas á San Juan á decir misa: daba abundantes limosnas, y entre los pobres

instalados á la puerta de la antigua catedral, Juan Luis había llegado á ser para él objeto de una especie de afectuosa predilección.

Un día no acudió Juan Luis á su acostumbrado sitio: el cura Sorel, deseoso de no privarle de su limosna diaria, busca la casa del mendigo, y ¡cuál fue su sorpresa al hallar, en vez de un miserable zaquizamí, una habitación suntuosa, y en un rincón, en medio de todos aquellos objetos de lujo, inventados por el rico feliz, un montoncillo de paja en que yacía tendido el pobre viejo!.....

La presencia del sacerdote reanimó al anciano, quien con voz llena de gratitud exclamó:

—¡Cómo! ¿os dignáis, Sr. Cura, acordaros de un desgraciado?

—Amigo mío, respondió el cura Sorel, un sacerdote no olvida más que á los dichosos de la tierra. Venía á saber si necesitabais algún socorro.

—Ya no necesito nada, respondió el mendigo: mi muerte se acerca..... ¡sólo mi conciencia no está tranquila!

—¡Vuestra conciencia! ¿Tenéis acaso alguna culpa que expiar?

—Un crimen, un enorme crimen, del que toda mi vida ha sido una cruel é inútil expiación: ¡un crimen imperdonable!

—¡Un crimen imperdonable!, no los hay, exclamó el sacerdote con entusiasmo. Dudar de la misericordia divina sería una blasfemia más horrible que vuestro crimen mismo. La religión tiende sus brazos al arrepentimiento. Hermano mío, poned vuestra confianza en Dios, y si habéis pecado mucho, mucho os será perdonado, porque el pecador que se arrepiente tiene más derecho á la misericordia divina que el hombre que nunca ha pecado.

—¡Pues bien! dijo el mendigo después de algunos esfuerzos, vais á oír una historia horrible; pero no es á un sacerdote á quien quiero confiársela, sino á un hombre

que me tiende una mano amiga en este momento fatal, porque es menester que sepáis que soy indigno de los sacramentos y de las oraciones de la Iglesia. ¡Oh!, sin embargo, añadió, y un rayo de esperanza brilló sobre su pálido semblante; sin embargo, cuando me hayáis oído como hombre, si creéis poderme bendecir como sacerdote..... obedeceré..... y me ayudaréis á morir.

“Soy hijo de un pobre viñador de Borgoña, honrado con el aprecio del señor de nuestro pueblo, por lo cual, desde mi niñez, me recogieron en el palacio del señor Conde y me destinaron para ayuda de cámara de su hijo. La educación que me dieron, mis rápidos progresos en el estudio, y sobre todo la bondad de mis amos me elevaron á la clase de secretario. Acababa yo de cumplir veinte años, cuando estalló la Revolución. Seducida por las ideas del día, no tardó mi ambición en despreciar la situación precaria y dependiente en que me hallaba. Desde París, el furor de los revolucionarios cundió en breve á las provincias: el Sr. Conde, temiendo ser preso en su palacio, despidió á sus criados y fue con su familia á refugiarse en Lyon, esperando, en medio de aquella gran población, escapar, por el olvido, al cadalso. Considerado como hijo de la casa, yo le seguí. Reinaba entonces el terror en todo su auge, y nadie sabía el secreto del retiro de mis amos. La confiscación había devorado sus bienes, pero poco les importaba: todos estaban reunidos, tranquilos, y nadie los conocía: animados de una fe viva en la Divina Providencia, esperaban un porvenir mejor. ¡Vana esperanza! La única persona que podía revelar su secreto y arrancarlos de su asilo, tuvo la villanía de denunciarlos. Y este delator, ¡soy yo!

“El padre, la madre, dos hijas, ángeles de hermosura y de inocencia, y un niño de diez años, fueron sepultados juntos en un calabozo. El más frívolo pretexto bastaba entonces para enviar al inocente á la muerte; sin embargo, el acusador público no acertaba á dar un motivo para per-

seguir á aquella noble y hermosa familia..... pero hubo un hombre iniciado en los más íntimos secretos del hogar doméstico, que envenenó las más sencillas circunstancias de su vida, é inventó el crimen de conspiración contra la República. Este calumniador, soy yo!

“Pronuncióse la fatal sentencia: sólo el niño fue perdonado. ¡Pobre huérfano, destinado á llorar á toda su familia y á maldecir á su asesino, si llegaba algún día á conocerle!

“Resignada, y consolándose con sus virtudes, aquella desventurada familia aguardaba la muerte en la cárcel. Ocurrió casualmente un olvido en la orden de las ejecuciones, y si un hombre, impaciente por enriquecerse con algunos despojos, no se hubiese presentado á perseguirlos, se libertaban del cadalso, pues pasaba esto la víspera del 9 Termidor. Pero aquel hombre acudió al tribunal revolucionario é hizo rectificar el error: la recompensa de su celo fue un certificado de civismo. Este revelador, soy yo!

“Aquella misma tarde, el carro \* fatal llevó á la muerte á aquella familia. El padre, cargada la frente de un profundo dolor, ocultaba en sus brazos á la más joven de sus hijas; la madre, mujer firme y cristiana, estrechaba sobre su pecho á su hija mayor, y todos, confundiendo sus recuerdos, sus lágrimas, sus esperanzas, repetían las oraciones de los difuntos. Como era tarde, el verdugo, cansado de su trabajo, había confiado á uno de sus ayudantes aquella terrible ejecución: poco acostumbrado á la horrible faena, imploró el asistente la ayuda de un transeúnte: un hombre se prestó de buena voluntad á ayudarle en su horrible ministerio.... Este transeúnte, que se hizo verdugo, soy yo!

“¡Y el premio de tantos crímenes, ahí lo tenéis! Todas esas riquezas pertenecieron á mis antiguos amos, y todavía me parecen cubiertas de su sangre; por espacio de

\* En Francia los reos de muerte van al suplicio en un carro ó carrreta que llaman *tombereau*.



veinticinco años he estado aquí encerrado con ellas, para que los crueles remordimientos, que á cada instante recuerda su vista en mi alma, diesen principio á mi expiación. Entre los hombres he querido pasar por un miserable mendigo, y cubierto de andrajos, sufrir, una después de otra, todas las humillaciones de la pobreza. La caridad pública me dotó con un puesto á la puerta de la iglesia donde he pasado tantos años; pero el recuerdo de mi crimen era tan punzante que, desesperando de la bondad divina, jamás osé implorar los consuelos de la religión, ni manchar el santuario con mi presencia. ¡Oh, cuán largo y profundo ha sido mi arrepentimiento!, pero también ¡cuán impotente! Señor Cura, ¿creéis que puedo esperar mi perdón de Dios?"

—Hijo mío, vuestro crimen es espantoso; sus circunstancias, sobre todo, son atroces; los huérfanos, privados de sus padres por la Revolución, comprenden mejor que nadie los padecimientos de vuestras víctimas. Una vida entera pasada en las lágrimas, no es demasiado para expiar tanta maldad; pero los tesoros de la misericordia divina son inmensos. Merced á vuestro arrepentimiento, tened confianza en la inagotable bondad de Dios.

Como animado de una vida nueva, levantóse entonces el anciano mendigo, y dirigiéndose hacia un cuadro:

—Ved, padre mío, la imagen de mis víctimas, dijo, recorriendo el crespón que lo cubría. ¿Creéis que no impedirán que lleguen mis oraciones hasta Dios?

A aquel espectáculo, el Cura Sorel de Valriant deja escapar estas palabras:—Mi padre! Mi madre!

El recuerdo de aquella horrible catástrofe, la presencia del asesino, la vista de aquellos objetos que habían pertenecido á sus padres, desgarran el alma del sacerdote, el cual, cediendo á un desmayo involuntario, se deja caer sobre una silla. La cabeza apoyada en sus manos, derrama copiosas lágrimas: una profunda herida acaba de abrirse en su corazón!.....

El anciano mendigo, aterrado, sin atreverse á alzar los ojos al hijo de sus amos, al juez terrible é irritado, que le debía su cólera más bien que el perdón, besaba y regaba con su llanto los pies del sacerdote, repitiendo con voz desesperada:—Amo mío! Amo mío!

El eclesiástico pugnaba, sin mirarle, por comprimir su dolor.

Y el mendigo exclamaba:

—Sí, soy un asesino, un monstruo, un infame..... Señor Cura, disponed de mi vida. ¿Qué he de hacer para vengaros?

—Vengarme!, responde el sacerdote, volviendo en sí al oír esta palabra: ¡vengarme, desgraciado!.....

—¿No decía yo bien que mi crimen era imperdonable? Bien sabía yo que la religión misma me rechazaría con horror; el arrepentimiento no es nada para un criminal de mi especie. No hay perdón para mí, ¿no es verdad? ¡No hay perdón para mí!

Estas últimas palabras, pronunciadas con voz que desgarraba las entrañas, recuerdan al sacerdote su misión y sus deberes: la lucha entre el dolor filial y el ejercicio del poder sagrado, cesa al punto. La flaqueza humana había reclamado un momento las lágrimas del hijo afligido; la religión restaura el alma enérgica del sacerdote. Coge el crucifijo, prenda de su padre, que se halla en poder de aquel desgraciado, y dice con voz sonora y profundamente conmovida:

—Cristiano, ¿es sincero tu arrepentimiento?

—Sí, padre mío.

—¿Te inspira tu crimen un horror profundo?

—Sí, padre, sí.

—Dios, inmolado sobre esta cruz por los hombres, te perdona.

Entonces el sacerdote, extendida una mano sobre la cabeza del penitente, y alzando con la otra el signo sagra-

do de nuestra redención, hace descender la clemencia divina sobre el asesino de toda su familia.

Vuelta la cara hacia el suelo, el viejo mendigo estaba inmóvil á los pies del eclesiástico. Tiende éste la mano para levantarle: estaba muerto.

(De *El Aguinaldo Religioso del Correo de Caracas*)

## APUNTES AUTOBIOGRAFICOS

DEL GENERAL D. JOSÉ MARÍA ORTEGA Y NARIÑO

(Continuación)

Si al hablar de los acontecimientos de 1840 se muestra tan sobrio el General ORTEGA, sobre los de 1849 á 1853 se limita, como ya lo vio el lector, á decir que fue removido de la dirección del Colegio Militar, porque sus opiniones políticas no estaban de acuerdo con las del Gobierno.

Sin embargo, ORTEGA desempeñó papel prominente en la memorable sesión del 7 de Marzo de 1849. Oigamos al General Posada Gutiérrez:

“El Congreso permaneció algunas horas aguardando que el tumulto se aplacase ..... Todas las salidas de la iglesia, tanto las que daban á la calle como las que comunicaban con los claustros, estaban ocupadas por los que horas antes habían atropellado á los Diputados en el recinto de las sesiones. La noche se acercaba y no había apariencia ninguna de que tal situación cambiase. El General José MARÍA ORTEGA hizo la siguiente proposición: ‘Suspéndase la elección de Presidente de la República hasta que las Cámaras designen nuevo día para continuarla,’ y tomando la palabra, manifestó que ni el decoro del Congreso, ni el interés de la Nación permitían que se continuara la elección, que no podría dejar de ser mirada en toda la República como ilegítima, por ser obra de la violencia, y añadió: ‘Un sentimiento puro de patriotismo es el que me ha inspirado la medida que propongo: después de haber enca-